

CRONICA UNIVERSITARIA

Sesión Solemne en Conmemoración del Aniversario de la Fundación de la Facultad de Ciencias Médicas

El día Domingo, veinte y seis del mes de Octubre, próximo pasado tuvo lugar en el Salón de la ciudad, la sesión solemne de la Facultad, para conmemorar un aniversario mas de su fundación.

Ocuparon la mesa directiva, el doctor Alfredo Pérez Guerrero, Rector; el doctor José Ricardo Chiriboga Villagómez, Alcalde de la ciudad; el doctor César Aníbal Espinosa, Vicerrector y el doctor Téodoro Salguero Z. Decano.

Se inició el acto académico con el Himno Nacional, ejecutado por la orquesta sinfónica del Conservatorio Nacional de Música.

Luego, breves palabras del señor Rector saludando a la Facultad en su día clásico.

El señor Decano, Doctor Salguero, tuvo a su cargo el Discurso de Orden, que lo publicamos en otro lugar y que es una magnífica síntesis de la evolución y trayectoria de la Facultad.

El Sub-decano, Dr. Juan Francisco Orellana, en conceptuoso y bien trazado discurso puso en manos del viejo Maestro, Doctor Carlos R. Sánchez, el título de Profesor Honorario de la Facultad, como retribución a quien, por luengos años, ha dictado cátedra de Medicina Infantil y de hombría de bien.

Emocionado, con puro saborcastizo, como acostumbra siempre hacerlo, el Dr. Sánchez agradeció por el homenaje de que era objeto.

Luego, el Dr. Isidro Ayora, Profesor Hnorario pronunció una conceptuosa alocución, analizando la evolución de los conocimientos médicos en el Ecuador, en las varias etapas en las que el ha sido protagonista, desde la lejana época de la medicina rudimentaria hasta la era de los antibióticos.

Por intermedio del Vicerrector doctor César Aníbal Espinosa, la Facultad entregó un Pergamino recordatorio a la Kellog Foundation, por su valiosa colaboración, consistente en el obsequio de textos y la promesa de contribuir próximamente en el equipamiento de la nueva Facultad de Medicina, que es el objetivo más intensamente sentido de los actuales personeros. Agradeció en nombre de la Kellog, el señor Adjunto Cultural de la Embajada de Estados Unidos de Norte América.

Finalizó este acto, que tuvo distinguida concurrencia, con las palabras del doctor Chiriboga Villagómez, Alcalde de la ciudad, quien con frase galana saludó a la Facultad. Enumeró los grandes y complejos problemas que bajo el punto de vista médico, aquejan hasta hoy a la ciudad. Finalizó sus palabras con un llamado cordial a las jóvenes generaciones de médicos, para que dejando las comodidades urbanas, vayan hacia la población rural, que es la más necesitada de atención médica racional.

En esta forma nuestra Facultad, recordó por primera vez un nuevo aniversario de su incorporación a las entidades rectoras de la cultura nacional.

●

**DISCURSO DEL SEÑOR RECTOR DOCTOR ALFREDO
PEREZ GUERRERO**

Señores:

La Facultad de Ciencias Médicas de la Universidad de Quito cumple hoy ciento veinticinco años, y ha decidido celebrar este acto solemne de homenaje a esa fecha aniversaria para reafirmar la fe en su misión y en su destino, y para iniciar, con renovado vigor, un nuevo camino hacia más altas metas.

La Facultad de Medicina fué antes la Escuela de Medicina, integrante de la Universidad Central, creada por el Congreso de Cundinamarca; y más atrás aún en el tiempo, tuvo raíces en las Universidades de Santo Tomás de Aquino y San Gregorio Magno.

La Teología, la Jurisprudencia, la Medicina fueron los cimientos de la Universidad ecuatoriana; o sea, el estudio y la interpretación del hombre en sus calidades esenciales de materia y de espíritu, y de su eterno afán por fijar normas para una vida de derecho, de justicia y de paz.

Son más de trescientos años durante los cuales la Universidad de Quito ha enseñado el apostolado de la Medicina a varias generaciones. En ella se forjó el pensamiento y la sabiduría de Eugenio de Santa Cruz y Espejo, el médico genial, que no se satisfizo con ser el sabio más cabal de su tiempo en materias médicas, sino que también levantó, más alto que ningún otro, la bandera y la antorcha de la libertad en América.

La Facultad de Medicina ha cumplido con honor su función universitaria y su función patriótica. Durante varios siglos ha instruído y educado a los profesionales encargados de velar por la salud del hombre ecuatoriano. Ha tenido la responsabilidad inmensa de mantener encendida la llamada de la vida de este pueblo nuestro, acosado por los enemigos de la enfermedad y la miseria. Ha obtenido grandes triunfos en la prevención y el tratamiento de varias dolencias. Ha luchado con tesón y con valor contra endemias y epidemias que, como la del paludismo, segaban millares de vidas o degeneraban en organismo de la población del país. Ha estado siempre en la vanguardia en todas nuestras desventuras y en todas las guerras fratricidas a las cuales han sido llevados los ecuatorianos, a veces por un ideal, y a veces, con más frecuencia, por la concupiscencia y la ambición de los caudillos políticos.

La disciplina, el espíritu de estudio, el afán de que los profesionales egresados de la Facultad de Medicina tengan los conocimientos necesarios para cumplir con sus tareas, son tradicionales. Cada profesor conoce y siente su gran responsabilidad para con la Universidad y para con el País, y ese sentido de responsabilidad crea, paralelamente, el espíritu de disciplina y de estudio característico de la Facultad de Medicina.

Por esto decía que esta ilustre Facultad ha cumplido con honor sus deberes. Para con la Patria porque ella necesita de hombres robustos, sanos, de sangre cálida y limpia, que puedan tener vigor bastante para seguir por las sendas del trabajo. Y para con la Universidad porque ella es el gran centro creador y dinámico de los valores que son la esencia de un pueblo. Uno de esos valores, uno de esos ideales, el fundamental, es el de tener un pueblo orgánicamente sano, un pueblo en trance de crecimiento fecundo, que mantenga erguida su frente, y cuyos brazos fuertes puedan llevar el peso de su porvenir.

Loor y aplauso a la benemérita Facultad de Medicina en esta fecha conmemorativa de su nacimiento como Facultad Uni-

versitaria. Llor y aplauso por la obra cumplida. Pero toda obra cumplida, cuando es grande, solamente significa una jornada y una etapa. Una obra que está ligada a un ideal y a una fe no termina jamás, porque el ideal y la fe son algo que siempre fluye, que son como un torrente que en veces debe estrecharse entre rocas, o correr ancho y tranquilo por cauces espaciosos, o precipitarse desde la altura y romperse en una como explosión de espumas. Todo ideal y toda fe, cuando corresponden a una esencia de humanidad no tienen meta definitiva ni mar ni abismo en que morir. Parecen detenerse y concluir en remansos de quietud; parecen inanimados y sin savia como los árboles de otoño. Pero vuelven a fluir y a revestirse de hojas y de flores y de frutos, y vuelven a surgir como estrella polar en la noche oscura.

El pasado es así, una lección y un punto de partida hacia el porvenir. El pasado de la Facultad de Medicina impone, a quienes hoy son sus profesores y dirigentes, el deber de que el mañana sea digno del ayer, sea más alto y más fecundo que el ayer. El progreso humano es siempre un activo que se acrecienta con el tiempo. Quienes solamente pretenden conservar el pasado, imitar el pasado, se colocan contra las leyes de la vida que es un continuo crecer y aumentar.

Nuestra Universidad se encuentra en trance de crecimiento y de transformación fecunda. Conocemos cada vez mejor, cada vez con mayor pasión y con más alta dignidad cual es nuestro deber en la vida y en el desenvolvimiento de la Patria. Y todos queremos y debemos cumplir esa misión. No somos solamente el profesor de Código Civil, o el Profesor de Anatomía o el Profesor de Matemáticas. No creemos que es bastante con dotar a los alumnos de conocimientos de técnica jurídica o médica o de ingeniería, para que ellos puedan tener una profesión útil. Eso pudo ser suficiente en otra era, cuando los principios morales, religiosos, políticos, jurídicos parecían definitivamente afirmados, cuando había paz en los pensamientos y en los espíritus. Pero no es suficiente en esta hora de profundas transformaciones y de profundas crisis; en esta hora en que no sabe la Humanidad adonde se encamina ni si la senda que sigue terminará en una sima de sangre y de barbarie o en una cumbre de fraternidad y de paz. Todo en esta época es un problema de espanto de cuya solución depende la suerte del mundo. Es como si el pasado fuera impotente para dar al hombre una voz de alerta, de consuelo

o de esperanza; es como si estuviera confiada a esta generación la misión de decir el nuevo Verbo y señalar la nueva ruta.

En medio de esta tempestad, sombra y angustia le toca a la Universidad ser la orientadora y la creadora de valores y de ideales. No basta, por eso la técnica. Nunca ha bastado la técnica. En todo tiempo ha sido preciso que ella sea dirigida por el espíritu y por la fe de los hombres. La técnica es solamente un instrumento, y un instrumento puede servir para la muerte o para la vida, de acuerdo con las decisiones del espíritu.

La Universidad Central, cuya dirección ejerzo, aunque con tanta falta de merecimientos, tiene fe en su misión y en su destino. Quiere ella situarse en el centro de los problemas económicos, jurídicos, biológicos y sociales que afectan e interesan a la Patria, y quiere decir su palabra de sabiduría, de verdad y de profundo amor al pueblo ecuatoriano, a fin de que sus problemas sean claramente planteados y resueltos para su bien y para su progreso.

Más, para ello, necesita del apoyo del Estado: de su Congreso Nacional, de su Gobierno, de sus organismos de derecho público. Necesita apoyo económico porque poco puede hacerse cuando es tan aflictiva y estrecha la situación de las rentas universitarias, y cuando no es posible adquirir laboratorios y gabinetes ni construir los edificios que serán como el hogar de la Ciencia y del Espíritu. Y necesita apoyo y estímulo moral para que la Universidad pueda desarrollar sus labores en un ambiente de respeto a su dignidad y a su libertad. La Universidad no puede vivir, ni crecer, ni cumplir con sus funciones si no tiene plena garantía de libertad de enseñanza, de libertad administrativa y de libertad económica. La Universidad solamente puede estar subordinada a los eternos intereses de la Ciencia y de la Patria. Y la disciplina de sus profesores y de sus estudiantes tiene que ser auto disciplina, consciente, nacida del espíritu de responsabilidad y de cooperación para obtener sus altas finalidades.

**DISCURSO DE ORDEN DEL Sr. DECANO DE LA FACULTAD DE
MEDICINA Dr. TEODORO SALGUERO Z.**

Señor Rector de la Universidad Central.

Señor Alcalde de San Francisco de Quito.

Señor doctor Carlos R. Sánchez.

Profesor Honorario de la Facultad.

Señor doctor Isidro Ayora. Representante de los Profesores Honorarios de la Entidad.

Señores Representantes de los Altos Magistrados de la Nación

Señor doctor Barret, Representante de la Embajada de los Estados Unidos,

Distinguidos colegas:

Día de júbilo y trascendente significado es para nosotros y acaso también para la Patria toda, esta fecha en la que se conmemora, por primera vez, el fausto acontecimiento de la Fundación de la Facultad de Medicina.

Cuando vanos pasan los años sin dejar una huella, cuando se vive entre las sombras, bien está que la noche del olvido caiga sobre hombres, instituciones y aún pueblos. Pero, cuando se trata de la vida fructífera, de la obra abnegada de una Institución que como ésta ha sido el baluarte de la salud, de la ciencia y de la libertad de todo un pueblo, estimamos que este pueblo y sus personeros tienen que rendirles, por propia satisfacción, el justiciero homenaje de su admiración y gratitud. Y pensemos que así lo habéis comprendido también vosotros altos magistrados de la Nación y de la ciudad Capital, y vosotros todos, distinguido auditorio que me prestáis vuestra benévola atención.

Vuestra cara presencia en esta sesión, a la par que solemniza el acto, es para nosotros afirmación inequívoca de que habéis hecho vuestro, el regocijo que nos anima en estos momentos. Complacido os rindo, en nombre de la Facultad y en el mío propio, los más efusivos agradecimientos por esta noble actitud con que nos habéis honrado.

La especial circunstancia de encontrarme frente al Decanato de la Facultad, que hoy conmemora el 125º Aniversario de su Fundación, es quizá, la única justificación que podréis encontrar para que sea yo, el menos preparado de mis colegas, quien deba dirigiros la palabra en ocasión tan solemne y al hacerlo, me soceje el justo temor de no poder alcanzar a bosquejar, ni siquiera

a grandes rasgos, pero aún a justipreciar, la enorme labor cumplida por esta Facultad en su triple carácter de: Institución rectora del pensamiento médico nacional, vanguardia vigilante de nuestra investigación científica y de medio seguro de redención del pobre y del ignorante que alcanza a comprender que sólo la educación y el estudio harán el milagro de restituírle los derechos que su falta de cultura le niega.

Largo y fatigoso en verdad, para vuestra generosa aquiescencia, resultaría hablar de la luminosa trayectoria seguida por esta más que centenaria Institución, desde el día en que el genio de los Libertadores le prestó su atención hasta el actual momento histórico; y, por demás están mis palabras sí, a través de jugosos capítulos de varias publicaciones universitarias (como los Anales, las revistas de la Facultad de Medicina, y de los boletines de la Asociación Médico-Quirúrgica de Quito, etc.), plumas verdaderamente eruditas de colegas de ayer y de hoy, se han encargado ya, de consignar para las páginas de la historia, en frase justa y elegante unas veces, persuasiva y ardiente otras, todos los esfuerzos, todas las vicisitudes y todo el largo proceso de formación y desarrollo por el que ha debido pasar este templo de Esculapio, hasta llegar al estado de madurez, que en mi concepto ya ostenta.

Transformada en Facultad la vieja Escuela de Medicina de la Universidad de Santo Tomás de Aquino, por Decreto del Congreso de Cundinamarca de 26 de octubre de 1896 y pese a las buenas intenciones de apoyarla que tuvo el General Antonio José de Sucre, en su calidad de Intendente General del Distrito del Sur de la Gran Colombia, su situación efectiva no cambió sino hasta que, el 26 de Febrero de 1836, un Decreto sobre educación pública emanado del Ilustre Don Vicente Rocafuerte, Presidente de la República en ese entonces, organizó la Facultad de Medicina con sentido de docencia y de servicio público, he hizo posible que sus estudiantes pudieran practicar en el ya cuatricentenario Hospital "San Juan de Dios" de Quito. Con fecha 26 de Setiembre de 1847 el Congreso de la República dictó un Decreto, creando por segunda vez, la Facultad de Medicina y dotándole de Profesores competentes, entre los que estuvieron Médicos, Cirujanos y farmacéuticos nacionales y extranjeros. Es este el momento en el que la Facultad de Medicina toma realmente el carácter de tal, ya que se procura por todos los medios organizarla en una forma similar a las Facultades de gran prestigio, en

ese entonces, como la de París, cuyos planes de estudios y reglamentos fueron su modelo hasta que, planes alemanes y norteamericanos han sido reemplazados en estas últimas décadas; y, así con unas cuantas mejoras llega a las postrimerías del siglo Diecinueve. Y tócale al genio avisor del General Eloy Alfaro, proclamado Jefe Supremo en 1895 encauzar en forma más acorde con una mejor Educación Superior, la vida de la Facultad que dotada ya de unos cuantos libros y de unos pocos gabinetes emprende su incipiente vida de investigación.

Desde el comienzo mismo de su vida, podemos decir que comienza el progreso para el país, en su aspecto médico, educacional, científico y social, gracias a las grandes figuras que ella ha producido.

Bástenos recordar la ya por lejana, algo olvidada figura, de un José Miguel Espinosa, médico, parlamentario e higienista, por cinco períodos Rector de la Central, autor de las primeras leyes de protección higiénica que conoció el país, y fundador del actual Anfiteatro Anatómico.—La figura combativa de un Felisísimo López, higienista de fuste, educador infatigable, parlamentario fogoso y periodista convincente.—La figura apostólica y sacrificada de un Manuel Jijón Bello que comprendiendo que la salud de un pueblo depende más de la medicina preventiva que de la curativa, renuncia su cátedra tan lucida de Terapéutica, para dedicarse con todas sus fuerzas a la organización de la higiene Municipal.

La figura señera de un Miguel Egas, científico que prestigia la cátedra de Medicina Legal y la pone al servicio del Poder Judicial; la figura científica e indomable de un Pablo Arturo Suárez, iniciador del estudio veraz de nuestras realidades nacionales; fundador del actual departamento médico social e inspirador de toda la labor que actualmente y gracias a la decidida colaboración de un Valenzuela, desenvuelve, con indiscutible éxito la Liga Antituberculosa Ecuatoriana. Y para terminar este ya largo capítulo, permítaseme que junto a la lista de estos y muchos otros médicos de alto valor, ante cuya tumba nos inclinamos reverentes, coloque la gran figura, docta y constructiva de un maestro del bisturí y brillante impulsador de la ciencia y la higiene del país, el señor doctor Isidro Ayora que en estos momentos nos honra con su presencia.

A pesar de las grandes conquistas que como se ve por esta ligera enumeración, hemos alcanzado en el campo de la docen-

cia y quizá también en el campo de la investigación científica, no se crea que problemas múltiples y de magnitud, no preocupen en los momentos actuales a las autoridades universitarias. Sí, como se ha dicho ya anteriormente, esta Facultad ha de continuar siendo la rectora del pensamiento médico nacional, la autora de bien meditados trabajos científicos de mérito internacional y el hogar bien dotado de cuantos quieran labrarse una profesión digna, que a la vez que les permita asegurar un porvenir económico, libre de temor, les brinde también, la íntima y grata satisfacción de servir a la humanidad, inaplazable es que gobernantes y gobernados le prestemos el apoyo moral y económico que sí podemos darle.

He aquí los problemas que consideramos requieren más urgente atención y las soluciones posibles de ellos:

1º—ADMISION A LA FACULTAD.—Mientras los Colegios en la República, y en buena hora han quintuplicado su número en esta última década, y, por lo mismo, grande es el número de sus egresados; la Facultad de Medicina no ha podido realizar un crecimiento paralelo de sus rentas y de sus disponibilidades educacionales para poder recibir a todos ellos, de tal modo que, año tras año, se produce un verdadero conflicto entre los doscientos o trescientos Bachilleres que quieren ingresar y las estrechas posibilidades físicas de la Facultad que, si a de dar enseñanza médica eminentemente práctica, como es de necesidad indiscutible, no puede aceptar más de ciento cincuenta por año. Añádase a esto al sinnúmero de repetidores de año que por su deficiente preparación o por otras causas suman a los anteriores y se comprenderá cuál es nuestro conflicto. Lo hemos solucionado creando en primer año de Medicina un cupo de ciento cincuenta puestos que se distribuyen proporcionalmente entre los Bachilleres mejor preparados, los alumnos que aprueban el Curso Preparatorio, los repetidores de año y los estudiantes con pase. Este Curso Preparatorio de Medicina, viene funcionando desde el mes de Enero del presente año, gracias a la valiosa colaboración de la Facultad de Filosofía y Letras, para aquellos bachilleres que necesitan completar sus conocimientos en ciencias físico-químicas y biológicas. Aspiramos a que los fracasos de los estudiantes que significan pérdida de dinero para la Facultad, disminuyan gracias a su mejor preparación.

II.—ADMISION DE ESTUDIANTES DE OTRAS UNIVERSIDADES DEL PAIS Y DEL EXTERIOR CON QUIENES EXISTEN

TRATADOS DE INTERCAMBIO UNIVERSITARIO.—La experiencia recogida en más de quince años de docencia y frente al Decanato de la Facultad, nos ha demostrado que en la práctica, los estudiantes de otras Universidades que quieren continuar su preparación en la nuestra, tropiezan con dificultades insalvables, provenientes de la diferencia de planes de estudio que vive cada una de las Facultades de Medicina. Estos planes no han podido conformarse por buena voluntad que se haya puesto. Cuantas veces se ha intentado en conferencias interuniversitarias la unificación de los planes de estudios se ha fracasado porque cada plan es el resultado de la etapa evolutiva que vive cada una de las Facultades, de modo que las dificultades persistían y eran la causa para que en un alto porcentaje de casos el estudiante foráneo no pueda ganar los cursos que sigue.

Problema semejante tenía el estudiante pobre que para cursar la Facultad se ve en el ineludible caso de sacrificar sus horas de estudio, para conseguir el pan de cada día. Y estando comprendidos en estos casos quizá una mayoría de alumnos, hemos creído de nuestro deber sacarles del dilema que les plantea la vida, añadiendo al viejo sistema de estudios ya existente, otro llamado: De estudios por matrícula e inscripción. Este les permite gozar, a los alumnos que lo siguen, de una cierta libertad para escoger en tal o cual año las llamadas materias optativas a cuyo estudio pueden consagrarse con todo el tiempo por ellos requerido. Así el estudiante tiene alguna facilidad para cursar todas las materias que consulta el único plan de estudios que rige en la Facultad.

III.—APARATOS Y EQUIPOS PARA TODAS Y CADA UNA DE LAS CATEDRAS.—Si en verdad contamos con pocos locales prestados y algún equipo de laboratorio para los alumnos, no es menos cierto, que todo esto es insuficiente y anticuado para impartir enseñanza médica a tono con exigencias de la educación médica moderna; problema que se agudiza, si recordamos que, a corto plazo, la Universidad debe entregar su edificio a la Ilustre Municipalidad de Quito. Urge pues la inmediata construcción del edificio de la Escuela de Medicina, de acuerdo con planes modernos y con capacidad para recibir, por lo menos, a Mil quinientos estudiantes. Contamos para esto con un apropiado lote de terreno situado en la Avenida Colombia y esperamos conseguir los cinco millones de sucres que se calcula el costo de la mencionada edificación, vendiendo en más o menos dos millones

quinientos mil sucres un lote de más de 9.000 metros cuadrados de terreno que adjudicado —a la Facultad el año de 1946, por el Gobierno del señor doctor José María Velasco Ibarra, iba a perderse, si oportunamente un decreto de emergencia del Gobierno del señor Galo Plaza no nos lo hubiera concedido en propiedad indiscutible. El resto del dinero aportarán varias Instituciones médicas norteamericanas según nos han ofrecido. (Rockefeller Foundation — Instituto de Educación Médica para América Latina).

IV.—ANFITEATRO ANATOMICO.—Por lo menos el grave problema que viven actualmente los estudiantes de Medicina, obligados a pasar muchas horas haciendo sus prácticas, en el vetusto y peligroso Anfiteatro Anatómico actual, parece que va a tener su solución adecuada en el presente año escolar; gracias al valioso apoyo que se han servido prestarnos el Consejo Universitario de la Central y la H. Junta de Asistencia Pública de Quito, concediéndonos Ochocientos mil sucres el primero, y destinando un hermoso lote de terreno junto al Hospital "Eugenio Espejo", la segunda; con lo cual en estos momentos se trabaja el proyecto para un apropiado anfiteatro anatómico, que pueda albergar cómodamente, por lo menos a doscientos cincuenta estudiantes. Sus equipos que cuestan alrededor de cien mil sucres nos han sido ofrecidos formal y generosamente por el doctor Luis H. Bauer, Director de la División de Educación Médica de la Rockefeller Foundation.

V.—PRACTICA HOSPITALARIA.—Por demás sabido es que el doctor se forma en la Universidad y que el médico se hace en el Hospital junto al lecho del enfermo, porque a más de aprender a conocer la enfermedad de su paciente, el estudiante debe aprender sobre todo a conocer a este paciente. Ya la medicina moderna sostiene, y con fundada razón, que el objeto de su estudio, no es la enfermedad, sino el individuo enfermo, esto es, el ser humano con todas sus angustias, sus preocupaciones, sus problemas psicológicas económicos y culturales que casi siempre agravan su estado. El profesional no ha de ser el espectador que lanza el cable de salvación, recomendando a su naufrago que se agarre bien de él; con valor y decisión ha de sumergirse en los problemas que agobian a su paciente y sólo así habrá cumplido con los sagrados deberes que le imponen la profesión médica. Y todo esto, no se aprende en el libro, jamás podrá aprenderse en él sino junto al lecho del enfermo.

En este siglo de tremendo avance en ciencias médicas, frecuentemente el estudiante y aún el profesional abstraído en el estudio de pruebas de Laboratorio, de registros cardiográficos, de curvas de metabolismo, de radiografías, etc., por reconocer la enfermedad, olvida a su paciente y antes que como ser humano lo trata como a cosa. Y urge que esto lo evitemos sus profesores de las salas de Hospital.

Por otra lado la Asociación de Enseñanza Médica Internacional de los Estados Unidos, previo un análisis concienzudo, ha llegado a la conclusión de que, por cada estudiante de Medicina que debe hacer vida de Hospital, éste debe tener diez camas.

Si la Facultad da enseñanza clínica a 300 estudiantes es urgente que disponga de tres mil camas. Que utopía! si en realidad no disponemos ni de una sola cama en propiedad y si los Hospitales de Asistencia Pública, que por convenio expreso de la Ley, nos han abierto sus puertas, no tienen más de ochocientas camas.

Como resolver el problema? Creemos llegado el momento de pedir que, a través de convenios adecuados, Clínicas y Dispensarios del Seguro Médico-Social, Hospitales del Servicio Militar y todo centro de atención médica que existe en la Capital abra a la Facultad sus puertas. Verdad es que todos ellos utilizan los servicios de nuestros estudiantes, pero lo indispensable es que sea la Facultad quien pueda planificar y llevar a la práctica la distribución de sus alumnos en las mencionadas casas de salud. Entendemos que, a base de una representación legal de la Facultad en dichas Instituciones el problema podría ser resuelto con un inmediato provecho para todos.

VI.—PROBLEMA DOCENTE.—De todos los rincones y de todas las Entidades que poco o mucho tienen que ver con la enseñanza médica, surgen observaciones reclamando mejor preparación de los nuevos profesionales. Acusan unos, de que éstos desconocen los grandes problemas de cultura general que inquietan a la humanidad en el momento presente y creen otros, que éste o aquel profesional, por no entender a fondo de cuanto ellos se imaginan está mal preparado.

Complejo es el problema y para su posible solución hemos de tener en cuenta que los planes de estudio de una Escuela de Medicina deben ser revisados a fondo, a fin de que ellos pongan en su sitio a la tendencia que cada día gana terreno en algunas cátedras médicas, de todo el mundo: el profesor entusiasmado ante las conquistas de su especialidad cree de su deber enseñar

al alumno todo cuanto sabe y olvida que éste lo debe saber "y bien sabido" lo elemental, lo fundamental para luego una vez graduado pasar a lo complejo.

Personalmente creemos que no ha de ser nuestro lema el graduarse en la Facultad a "un bárbaro que sepa mucho de una sola cosa" como en frase feliz lo expresara Ortega y Gasset, pero tampoco queremos que el estudio de medicina se detenga con la obtención del doctorado. Si todas y cada una de las ramas de las ciencias médicas han progresado mucho y si nuevas especialidades han nacido, y si la Medicina ha alcanzado ya un tan grande volumen que ninguna mente humana, por privilegiada que sea, pueda captarla, lo lógico será que la Facultad de Medicina prepare el médico general, al médico que sí puede, sin necesidad de una especialización, resolver por lo menos un ochenta por ciento de los problemas diagnóstico-terapéuticos que le presenta el paciente que busca sus servicios y que, el resto lo haga el especialista. No queremos decir con esto que la especialidad sea relegada al segundo plano en nuestro medio, todo lo contrario, nos parece de urgente necesidad que se la establezca y que se la establezca en una forma eficiente y bien respaldada por la ley. Es decir, dado el buen número de especialistas ya formados que actúan en Quito, juzgamos que es el momento indicado para establecer los llamados cursos de Post-graduados, en donde el médico general sin emprender largo y costoso viaje al exterior pueda obtener la especialidad acariciada por su vocación y que tanto necesita el país.

No se piense que la creación de estas escuelas compete sólo a la Facultad de Medicina, puede ser ella su auspiciadora, pero son todas las entidades médicas, todas las entidades gubernamentales a quienes toca la ineludible responsabilidad de llenar este vacío de nuestra Medicina Nacional.

Y para terminar; permitidme que os recuerde cuál ha sido el carácter general, y cuáles los sentimientos que han orientado la conducta social de la Facultad. Aquella libertad y aquella pobreza en las que nació han sido hasta hoy sus compañeras inseparables y por esa libertad nunca se ha sometido y nunca se someterá al capricho despótico de gobiernos de facto que quieran encerrar su labor universal, en las cuatro estrechas paredes de sus claustros; y por esa pobreza tiene su corazón junto al del pueblo; de ese pueblo que a pesar de haber conquistado su libertad hace ya 130 años, y de haber llevado una vida de trabajo, luchas

y sufrimientos, continúa en buena parte y sin quererlo, esclavo de la ignorancia y de la miseria.

No se crea que la Facultad, junto a sus tareas de educación médica, no haya orientado en todo momento sus esfuerzos a la gran obra de culturización del hombre ecuatoriano, especialmente en el ramo de la higiene pública y de organización de la medicina preventiva. Por la índole misma de su actividad, el estudiante primero, y el profesional médico después, son el íntimo y obligado testigo de la gran tragedia que viven nuestras clases pobres. Y por esto se ha convertido en el defensor de estas clases, tan necesitadas de justicia. Y en sus luchas, ha llegado hasta el sacrificio máximo, como lo atestiguan un 25 de Abril y un Primero de Mayo. Parecería que el espíritu sabio y rebelde, de esa cumbre, la más elevada del pensamiento nacional, como se ha llamado a "Eugenio Espejo", símbolo el más alto también del médico ecuatoriano, estuviera palpitante en el alma del estudiante universitario.

Y si por nuestra tenacidad en defender la libertad y reclamar justicia vivimos pobres, bendita sea esta pobreza. Para conseguir recursos económicos, la Facultad jamás empañará su espíritu libre ni venderá su ciencia. A base de ellas podremos decir que viene creando, en unión de todas las universidades del País, lo que más falta hace a la Nación: La llamada clase media, que por su cultura, por su patriotismo y su gran poder creador, es la que a todo lo largo de la historia contemporánea ha hecho la grandeza de toda nación libre.

**DISCURSO DEL SUBDECANO DR. JUAN FRANCISCO
ORELLANA**

Sr. Dr. Carlos R. Sánchez:

Señor Rector de la Universidad Central.

Señor Vicerrector de la Universidad Central.

Señor Decano de la Facultad de Ciencias Médicas.

Señores Profesores:

Es para mí un distinguido honor, llevar la palabra en representación de los compañeros de la Facultad, para expresar

nuestra profunda contrariedad por la resolución que habéis tomado de alejaros de la docencia universitaria.

Sois de los hombres que habéis luchado con valor y con fe enfrentándote ante el dolor y la miseria de la humanidad; esa lucha que habéis sostenido querido Maestro en los campos, enmarañados de la ciencia, ha sido siempre una lucha noble desinteresada y valiente. Aquellos hombres que como vos, fijaron la vista en el porvenir de nuestra Patria, y castigaron con la pluma a sus malos hijos, son hombres con espíritu libre, es decir con aquel, que, constituye la unidad perfecta del ser con el objeto y de la forma con el contenido; en una palabra, con aquel espíritu que por ser esencialmente libre, es a la vez activo y productivo.

Es por esto distinguido Maestro, que supisteis enfrentarte con valor ante la profunda realidad de nuestro devenir científico; obrásteis siempre por tí mismo, y te elevaste a conocer la esencia real de los fenómenos biológicos, aunque dolorosamente no sea absoluta. Aquellos conocimientos, os enseñaste a utilizar con la reflexión, porque es solo ella, la que forma las fuerzas y las facultades del alma, de la inteligencia y del espíritu.

En la tribuna universitaria os enseñaste a compartir la ciencia con la moral, el sacrificio con la austeridad y la pobreza con la dignidad. Así os vimos querido maestro, con la frente levantada y la conciencia pura con el valor del héroe que no se rinde ante su propio dolor, y con la constancia en la fé del mejor destino de las generaciones futuras.

Siempre, habíamos presenciado tu desprecio para aquellos hombres enfermizos que no llegan a despojarse de su naturaleza subjetiva; para aquellos hombres que modelan sus propios dioses a expensas de sus sentimientos y de sus pasiones; para aquellos que solo viven del recuerdo del pasado y han perdido la memoria de los acontecimientos presentes, porque son éstos, los que constituyen a no dudarlo el proyecto de la voluntad de los hombres. Todos estos factores, determinan la conciliación con el mundo, conciliación, que no debe ser considerada, sólo como una relación impuesta por la necesidad, sino más bien, por una estrecha vinculación con la razón. De otra manera estimado maestro, nos enfrentaríamos a cada instante, con aquellos seres con individualidad esencialmente egoísta, es decir con aquellos, que simbolizan la forma más imperfecta e ínfima del espíritu.

Fuisteis el paladín en la lucha contra la injusticia; combatiésteis sin descanso los sistemas que corrompen y emponzoñan la

vida, y te refugiásteis con toda tu alma en la ternura del huérfano y del niño enfermo. Junto a aquellos seres pasásteis lo mejor de tu existencia, unas veces sedando el dolor, y otras, cicatrizando las heridas del espíritu.

Esa ha sido la trayectoria en la vida de un científico puro como vos, porque a la vez, habéis esperado el acuerdo de tus propias acciones con una conducta severa, sin buscar su justificación en la individualidad inmediata. El científico auténtico, vive más en la esfera de su sensibilidad espiritual, y toma la naturaleza íntima de los fenómenos biológicos y los conecta con la realidad de los aspectos sociales.

La dura prueba que habéis terminado con demasiada brillantez, os duró toda vuestra vida, pero al fin de la jornada, lleváis aprisionada en vuestra conciencia, la satisfacción del deber cumplido, y también, esculpido en el espíritu, la gratitud, o tal vez, el desengaño.

Os deseamos que la felicidad, sea vuestra eterna compañera, y cuando los recuerdos se dirijan hacia la Facultad de Medicina que tanto amásteis, abrigad la seguridad, que en el seno de los compañeros habéis dejado un profundo vacío.

En nombre de la H. Facultad de Ciencias Médicas, cumpla con el honoroso encargo, y depósito en vuestras manos el nombramiento de Profesor Honorario que, os pertenece por derecho.

DISCURSO DEL Dr. CARLOS R. SANCHEZ

Señores:

Después de 40 años de haber recibido el Título de Doctor en esta histórica Casa Universitaria de la que han salido hombres que por sus virtudes y talentos han engrandecido el nombre de nuestra Patria, me ha tocado, hoy, el singular y altísimo honor de recibir también el Título de Profesor Honorario de la Facultad de Medicina.

En los 34 años que ininterrumpidamente he desempeñado la Cátedra Universitaria, puse todo mi entusiasmo y decisión para realizar la bella obra a que aspira todo Maestro: enseñar a la juventud y guiarla por los caminos de la ciencia, de la verdad y de la hombría de bien.

Muy unilateral sería, en efecto, la misión del Profesor si se concretare, exclusivamente, a la Asignatura que le corresponde. La Cátedra Universitaria es la más alta y hermosa Tribuna porque desde este encumbrado sitio del pensamiento, es menester formar el carácter de las juventudes y prepararlas para la lucha y para el triunfo. De la Universidad han de salir no solo los que ostenten un Título Académico sino los que han de ser, más tarde, los conductores de la vida nacional. A la juventud que se educa e instruye en el Aula, ha de tocarle, mañana, intervenir en las diferentes actividades del vivir republicano y, para que pudiera hacerlo con la única mira del amor a la Patria, tiene que prepararse en la ciencia y en la política porque en las dos, hay amplio campo para servir a la humanidad y para servir a la Nación.

Y aquí cabe repetir —porque siempre será de oportunidad— lo que dijera hace nueve años en esta misma Casa cuando al cumplir 25 años de Cátedra, la Facultad de Medicina nos dedicara una solemnísimas Sesión al doctor Pablo Arturo Suárez de tan grata recordación y al que en este momento os dirige la palabra:

El Maestro Universitario debe tener como el máximo de sus deberes el de preparar a la juventud para que sea ella, al abandonar los claustros, la que dirija los destinos nacionales. Y es así como debiéramos entender la política universitaria para que sea noble, digna y elevada. La pabrísima política de las Facciones existentes con ausencia de esos ideales nobles y elevados, ha clavado el puñal en el corazón de la Patria. Postulados mentirosos e intrascendentes han informado e informan, todavía, sus Programas Doctrinarios. La juventud universitaria necesita abandonar los viejos e inútiles senderos para buscar, por caminos amplios, el engrandecimiento de la Patria. Preparar para la vida a los hombres del mañana es hacer política elevada y sagaz.

El apoliticismo de las Universidades entraña la negación de las Universidades. Cuando las Universidades callan y cuando las juventudes universitarias permanecen en silencio, las oligarquías dominantes cantan el himno de su victoria. La Universidad debe hacer política, tiene que hacer política hasta como obra de prevención para mejores devenires. El apoliticismo de la Universidad sería una manifestación de complicidad con aquellos que, contrariando casi siempre la voluntad popular, escalan por cualquier medio las alturas del Poder y causan la ruina de la Patria y de sus Instituciones.

La juventud universitaria de hoy está en el deber de procurar, a todo trance, el que se mantenga la autonomía universitaria como una de las mas grandes y preciosas conquistas. Y hay que luchar, denodadamente, para mantener la independencia total de las Universidades. Así lo ha comprendido el señor Rector de esta Casa de la juventud al defender, inteligentemente, la autonomía universitaria que se trataba de anularla con un Proyecto de modificación a la Ley de Enseñanza Superior en el Congreso que todavía está en funciones.

Los universitarios del Ecuador están en el deber de hacer oír, alta y virilmente su voz, en cada ocasión que se quisiere atacar a la Institución que es la rectora de la ciencia y del pensamiento nacional.

Si al estudiante compete esta noble y valerosa misión, al Profesor universitario le toca orientar a la juventud hacia horizontes mas claros y dilatados. Las juventudes de hoy y de mañana tienen que realizar la gran obra de reconstrucción nacional y de justicia social. Esta obra de justicia social es el imperativo del momento. Corresponde a las Universidades emprender en esta humana cruzada de la nivelación de la justicia para que algún día brille una aurora mejor y se haga verdad el hermoso postulado de la igualdad entre los hombres.

Agradezco, pues, muy cordialmente, el honrosísimo Título de Profesor Honorario que la Universidad se ha servido concederme y hago votos porque esta Ilustre Casa continúe por el ancho camino de la ciencia y la verdad para mantener siempre en alto su histórico prestigio y para gloria y honra de la Patria ecuatoriana.

DISCURSO PRONUNCIADO POR EL SEÑOR DOCTOR ISIDRO AYORA EN EL ANIVERSARIO DE LA FACULTAD DE MEDICINA DE LA UNIVERSIDAD CENTRAL

Señor Alcalde de la Ciudad;
Señor Rector de la Universidad Central;
Señor Decano de la Facultad de Medicina;
Señores Profesores y Alumnos;
Señoras y señores:

El digno señor Decano de la Facultad de Medicina doctor Teodoro Salguero tuvo la bondad de invitarme personalmente

para que concurriera a esta Sesión Solemne de la Facultad de Medicina, y se dignó insinuarme que tomara la palabra.

Voy a hacerlo, pero por muy breves momentos, no para añadir nada nuevo ni más interesante de lo que en esta solemne conmemoración se diga, sino para trazar tan solo un rápido cuadro de mis recuerdos personales.

De los 125 años de nuestra evolución que estamos conmemorando, he sido testigo y aún actor, a lo largo de la última mitad de esta prolongada época.

Desde niño tuve ocasión de ver enfermos, pues mi padre fue médico y me escogió a mi para su Ayudante.

Era esa época de la doctrina de los humores, de la sangría, del vómito, del cáustico de cantáridas, del sedal permanente; la época del pus loable, cuando las heridas debían supurar abundantemente para cicatrizarse bien.

De esa época conservo un recuerdo memorable. Mi padre era cirujano de la Guarnición Militar en Loja mi ciudad natal. Curábamos un soldado. Al levantarle la pierna herida manaba un chorro de pus fétido y el enfermo estaba agotado, casi moribundo. Mi padre se quedó mirándole largo rato y me dijo al cabo: "Estos heridos se mueren a causa de la supuración; es necesario secar las heridas. Vamos a limpiarlas con alcohol y a lavar con una solución de licor de Labarraque". Pusimos en práctica el nuevo tratamiento con resultados sorprendentes. Estábamos usando nada menos que la misma célebre solución Dakin que tantos éxitos tuvo años después, en la primera Guerra Mundial.

La expresión de entonces "Secar las heridas" equivale a la actual "Desinfectar las heridas"; pero entonces aún no había asomado la luz con que el genio de Pasteur alumbró nuestro camino.

Cuando vine a Quito a estudiar medicina honraban esta facultad el doctor Ascensio Gándara, el doctor Rafael Rodríguez Maldonado, el doctor Lino Cárdenas, el Cirujano doctor Ezequiel Cevallos Zambrano, el doctor Carlos Cazares y tantos otros que sería largo recordar. Era la época del libro más bien que de el laboratorio, del ojo médico antes que de la comprobación científica, del médico general en vez del especialista. Se estudiaba mucho, se discutía largamente: dominaban las teorías. En las Juntas Médicas, en las Cátedras Universitarias, en los exámenes y grados de los alumnos, se desplegaba un brillante deporte de erudición y talento, pero se carecía de la técnica de investigación objetiva del enfermo.

Me tocó en suerte presenciar en nuestro viejo hospital "San Juan de Dios" la enconada rivalidad entre la antigua y la nueva escuela quirúrgicas: la lucha entre los creyentes y los no creyentes en los microbios de Pasteur. En una de las salas de operaciones, operaba el doctor Ezequiel Cevallos Zambrano con gran destreza pero defectuosa asepsia. En otra trabajaba el doctor Mario de la Torre, de vuelta de París, revestido de ropa estéril y con instrumental aséptico. Se miraban de reojo, y los estudiantes andábamos también divididos en bandos, pregonando los triunfos de nuestros respectivos profesores.

La obstetricia permanecía empírica, en manos de las Comadronas, y no se cultivaban casi las especialidades clínicas ni quirúrgicas.

Con el regreso de Europa de un buen número de médicos y cirujanos que fueran allá a perfeccionar sus estudios, se inició entre nosotros la era moderna de la medicina.

El señor doctor Enrique Gallegos Anda, profesor de Clínica Interna fundó el primer Laboratorio Clínico en el Hospital San Juan de Dios.

El señor doctor Ricardo Villavicencio Ponce, profesor de Cirugía; el doctor Angel Sáenz de Oftalmología; el doctor Francisco Cousin de Bacteriología; el doctor Francisco Barba de Química; el doctor Eustorgio Salgado Vivanco y tantos otros, imprimieron un nuevo rumbo a nuestra Facultad.

Viene después la época actual, la de nuestros discípulos, entre los cuales se destaca, con proporciones de verdadero científico, el doctor Pablo Arturo Suárez, desaparecido tan pronto, cuando se encontraba en plena y fructífera labor.

A esa misma época pertenece el distinguido Profesor de Pediatría, doctor Carlos Sánchez a quien con sobra de justicia rinde hoy, merecido homenaje la Facultad.

Y no quiero citar otros nombres, para no herir la modestia de ilustres colegas que honran actualmente la Facultad y hacen honor al Cuerpo Médico Ecuatoriano. En sus manos está la gran misión de propulsar el progreso de nuestra medicina, de levantar cada día más la moral profesional, y de contribuir así eficazmente al adelanto de nuestra Patria.

He visto pasar la figura del médico por ese largo proceso de transformación ascendente. Conocí al humilde sangrador; el médico plebeyo a quien se hacía el honor de llamar a las casas de los nobles y ricos; al humilde profesional, a cuya supuesta tor-

peza e ignorancia se imputaba cualquier resultado fatal y en quien se desfogaba cruelmente la desesperación por la pérdida de un ser querido.

Desde tan bajo nivel ha ascendido la situación del médico al noble y elevado puesto que ocupa en la civilización moderna. Al puesto de Guardián capacitado de la salud pública y privada; de investigador científico; de Campeón de la lucha permanente contra las enfermedades.

Nuestra ciencia ha vencido casi totalmente en el campo de la Cirugía y las enfermedades infecciosas. Pero quedan aún invencibles los tumores malignos, la parálisis infantil, las afecciones reumáticas y otras graves dolencias.

Quedan sobre todo, no en derrota, sino al contrario ganando terreno cada día las cardiopatías y los desórdenes nerviosos, que constituyen un verdadero azote de la civilización moderna, la cual ha puesto al hombre en el caso de un esfuerzo y ansiedad constantes, que bien pronto abaten su corazón o desconciertan la trama finísima y complicada de su sistema nervioso.

De aquí que el médico moderno ha de ser por fuerza un psicólogo y un psiquiatra para desentrañar el origen de las afecciones nerviosas y señalar a sus pacientes el camino de su recuperación.

Tiene que ser también un guía en las nuevas normas de vida que la humanidad acepta a veces de hecho, por la imposición de las circunstancias, sin tomar en cuenta la biología del hombre, es decir los límites fisiológicos de su resistencia física y de su equilibrio mental.

Esta es la grande, la trascendental misión del médico moderno.

Los que ya pasamos hicimos bien o mal la parte que nos correspondió.

El presente y el porvenir están en vuestras manos.

Y mil gracias por la atención que me habéis dispensado.

Virgilio Paredes Borja.

Nos Visita un Amigo

Quien intenta dominar una disciplina no debe olvidar su historia, esto corre para técnicos de verdad al igual que para científicos y catedráticos.

En la preparación de médicos se tiene en cuenta en las universidades de América y los otros continentes, la enseñanza de Historia de la Medicina en el arreglo de sus planes de estudio.

Hasta el pasado siglo, quienes se ocupaban de investigar y escribir sobre historia médica fueron, en su mayor parte, personajes europeos norteamericanos; en este siglo, españoles e iberoamericanos han dedicado sus inclinaciones al conocimiento de la evolución del arte de curar, deteniéndose en lo que de cerca nos toca: el desenvolvimiento de las ideas médicas y de sus progresos técnicos en los países iberoamericanos.

Entre el grupo de médicos de que hablamos, ocupa sitio de relieve el doctor Don Jaime Jaramillo Arango, quien, en su ESTUDIO CRITICO ACERCA DE LOS HECHOS BASICOS EN LA HISTORIA DE LA QUINA, nos ha brindado un libro documentado, imparcial y ordenado sobre asunto tan discutido y felizmente hoy bien aclarado, del origen ecuatoriano de la aplicación de las propiedades antimaláricas de la quina en nuestra provincia de Loja, completado con su obra LA CONQUISTA DE LA MALARIA, publicada en Londres en 1950.

Publicista, escritor castizo, sujeto a riguroso método científico, convencido de que "el método es el maestro de los maestros", investigador sagaz que no se contenta con datos de segunda mano sino que los busca en archivos y museos, en documentos y piezas probatorias, el doctor Jaramillo Arango en sus dos ya mencionadas obras ha contribuido al esclarecimiento de tan apasionantes problemas y lo ha hecho en claro estilo y convin-

cente probatoria, porque piensa, como toda mentalidad despejada, que la claridad debe ir ante todo.

A sus libros, folletos y opúsculos acaba de añadir, en este año, su publicación, editada en dos volúmenes con el patrocinio de la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales de Madrid, de la obra completa de Don Hipólito Ruiz, que se la tenía por perdida, titulada RELACION HISTORICA DEL VIAJE A LOS REYNOS DEL PERU Y CHILE, cuyo manuscrito original lo encontró en la biblioteca de la Real Sociedad Botánica de Londres, y que ha sido dado a estampa con numerosos mapas, grabados y copias fotostáticas que enriquecen el texto de la desconocida obra del ilustre botánico y quinólogo español, cuya expedición, con las de Don Celestino Mutis, Don Jorge Juan y Don Antonio de Ulloa, y la Real Expedición Filantrópica de la Vacuna dirigida por Balmis de comienzos del Siglo diez y nueve, esta última, de gran alcance, pues comprendía toda la América de habla española, demuestran el interés científico de España en la vida de sus virreynatos y esto si solo nos limitamos a los hechos que de mas cerca nos tocan.

Ex Rector de la Uniyersidad de Bogotá, Ex Embajador de Colombia en Londres, médico distinguido, de fina sensibilidad estética, erudito, inquieto por despejar la verdad y perseguirla con el afán que distiguen a las mentes bien dotadas, el doctor Jaramillo Arango ha recorrido las Américas, ha visitado toda Europa, ha vivido larga temporada en Londres, ha visitado museos y bibliotecas del Viejo y Nuevo Mundo, en plan de estudioso, de investigador de la historia y del saber, representando a su patria ante numerosos gobiernos europeos. Su carrera docente y diplomática han sido tan brillantes como su labor de escritor, y su patriotismo de colombiano no ha desentonado con su labor de personaje internacional, de estudioso de dilatados horizontes.

La historia de los antibióticos va ser asunto de las dos primeras conferencias de nuestro ilustre visitante. Punto sobremañera interesante: los antibióticos y la quimioterapia paracelsiana constituyen las dos sobresalientes terapias de la historia médica. Los antibióticos han tenido, como todas las grandes medicaciones, su etapa empírica, a la que ha seguido, en este caso particular la etapa racionalista prepasteuriana, la pasteuriana y la contemporánea. Tema amplio y de actualidad necesitaba de dos períodos expositivos, por lo documentado que exige sea tratado por su autor. En historia sin documento no hay probatoria válida.

Doctor don Jaime Jaramillo Arango: solo al hecho de habernos dispensado vuestra amistad —hacen ya algunos años— atribuimos el honor que nos ha concedido la Facultad de Ciencias Médicas de la Universidad Central, para que traigamos a su nombre el saludo cordial y respetuoso de nuestros colegas de cátedra, a vos, señor, y a vuestra bella esposa e inteligente colaboradora, y hagamos la presentación de estilo a este ilustrado auditorio que ya conoce vuestra obra e inquieto se muestra por escucharos.